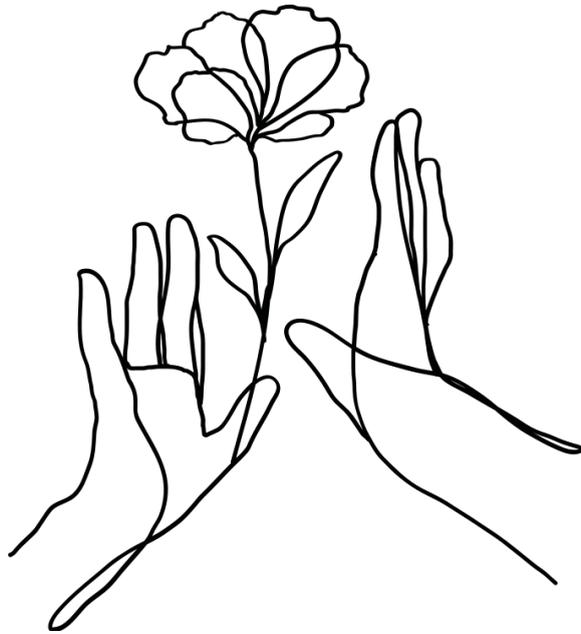


APENAS Y TANTEAR LA LUZ

Entrevista a Magdalena Camargo Lemieszek

Por: Carlos Iglesias Díez



1-. Muchos de tus poemas tienen un sustrato legendario, o beben de una imaginería extraída de los cuentos y los mitos. ¿En qué medida crees que ese punto de partida condiciona el sentido final del poema, y le aporta una dimensión narrativa?

Creo que es innegable el vínculo que tiene la poesía, no solo con nuestra manera de sentir el mundo, sino también de narrarlo. No podemos olvidar a los primeros poemas épicos, o el lirismo de los primeros relatos cosmogónicos. Al final, de cierto modo, hay algo que se cuenta y se comparte. Reconozco en mí la fascinación por el aspecto ritual y salmódico de la poesía, un apego a esa raíz que nos conecta con el bardo que iba de poblado en poblado cantando, en rimas, maravillas de tierras lejanas, el vértigo de una batalla decisiva, un encuentro en un recóndito jardín, que iba definiendo el amor romántico.

Supongo que, a raíz de ello, muchos de mis poemas, o incluso los libros en su conjunto, cuentan una historia. Una historia que ocurre en mi universo poético particular y que me atrevo a compartir con el resto del mundo. Me atrae la tensión del verbo y la acción, la expectativa de aquello que está por suceder y en ese suceso es capaz de colmarnos de asombro. A mi parecer, ese asombro es clave en la poesía.

Debo reconocer también que, quizás como para muchos, mi primer contacto con la literatura, durante la infancia, estuvo muy vinculado al cuento tradicional. Tanto en su versión escrita como en su versión oral. Es bastante probable que esa influencia esté presente y sea ya permanente en mi poesía.

2-. Dado que tu escritura bucea con frecuencia en tu propia identidad, en tus propios orígenes, ¿piensas que la poesía es el mejor vehículo posible para conectar lo individual y lo colectivo?

No podría decir que es el mejor vehículo posible, puesto que existen la música, la danza, la pintura, el cine y otros múltiples medios de expresión. Pero la escritura es mi vehículo personal, aunque no lo haya en realidad yo escogido. Simplemente, sucedió. Ya que la identidad es uno de mis tópicos y conflictos fundamentales,



es evidente que esté presente en mi escritura. La multiculturalidad puede y resulta, en varios aspectos, atractiva; pero puede conllevar a su vez profundos desgarros. No sentirse nunca, a cabalidad y completamente, de un lugar en particular, de una cultura particular, de una lengua en particular, puede resultar en un desarraigo que es imposible reparar.

Diría que la poesía es uno de los mejores vehículos posibles para conectar con lo individual y lo colectivo. La poesía nos permite tanto la catársis como el testimonio. En la poesía hay lugar tanto para el intimismo como para la protesta, y para todo lo que surja en medio. Celaya dice que la poesía es un arma cargada de futuro y Vallejo nació un día que Dios estaba enfermo. ¿Quién para decir lo contrario? Por otro lado, Mark Strand nos induce a *“Dejar las cosas intactas”*, y asimismo José de Jesús Martínez nos revela cómo los seres humanos inventaron el lenguaje en *“Carnac (Menhires del paleolítico)”*. En la poesía comulgan lo individual y lo colectivo, porque es, en el fondo, un acto intrínsecamente humano.

3-. En toda tu poesía se repite con frecuencia la metáfora del viaje, de una larga travesía. ¿Definirías tu escritura como un viaje de adentro hacia afuera, y en este sentido, crees que la pertenencia espiritual a dos países distintos ha condicionado tu poesía?

Nací siendo una extranjera. Cuenta mi madre que hubo un gran shock en la sala de parto cuando nació una bebe con una alborotada melena oscura. Mi primer viaje lo hice cuando tenía 8 meses. ¿Qué tan consciente eramos yo y mi corazón entonces del mundo o de la pérdida? No puedo responder a ello.

Partí desde el Báltico, dejé atrás a la familia que hasta entonces conocía, el parque por el que mi madre siempre paseaba donde las águilas de piedra dividen en dos el horizonte, el olor del té recién hecho. Pasé por Rusia, pasé una noche en Cuba y luego llegué a una pequeña cintura centroamericana que une las dos porciones del continente. Se supone que llegaba a casa, pero eso nunca resultó del todo cierto. Por eso hubo siempre en mí la inquietud del volver, la inquietud de una «auténtica» casa, que solo los años me demostraría inexistente.

La segunda vez que hice un gran viaje tenía 5 años, volvía a Polonia y una de las cosas más curiosas de ese viaje tiene que ver de hecho con su final. Hay una foto en el aeropuerto de Berlín en la que tengo una cara de absoluta desolación y que no es más que la antesala de lo que estaba por venir: yo no quería volver y cuando volví a Panamá me rehusé a hablar en español. Esa era mi rebelión, esa era mi protesta. Sin importar quien me dijera qué, yo respondía en polaco. Mi madre ya temía por mi futuro en la

escuela, pero por dicha al parecer terminé siendo menos testaruda de lo que me gustaría.

Hay una palabra preciosa en alemán que no tiene traducción literal al español: '*Fernweh*'. "El dolor de lo lejano" es su traducción literal en alemán, y en español podríamos definirlo como una nostalgia por aquello que está lejos, lo distante. El *fernweh* ha estado presente toda mi vida y toda mi vida he sido una viajera. Quizás por eso apenas cuando viajo me acerco a lo que es ser completamente feliz. Quizás por esa experiencia temprana en el aeropuerto en Berlín, siempre hay al final del viaje, a la hora del regreso, una peculiar tristeza.

Luego llegó la literatura y con ella llegó la fascinación por la temática del viaje, porque entendí que el viaje en sí mismo es un tópico en la naturaleza humana. La ciencia dice que hace siglos que viajamos, la literatura ha estado ahí durante buena parte de esos siglos para recordarnos quiénes somos, de dónde hemos venido, y para impulsarnos también a lugares que se esconden más allá de lo que nos resulta desconocido.

4-. ¿Tu uso recurrente de símbolos e imágenes extraídos de la mitología, de cuentos, o leyendas, tiene que ver con un intento de tomar distancia de algunos recuerdos que, tal vez, podría resultar doloroso reflejar desde una perspectiva más realista?

No necesariamente. Recorro a los símbolos porque me parecen llaves capaces de abrir algo más profundo. Es cierto que puede parecer sencillo escudarse tras la metáfora, tras el símbolo. Pero yo no veo el símbolo necesariamente como un escudo, sino más bien como una puerta. Esa puerta y esa llave dejan de ser mías cuando el poema es leído. Y es ahí donde el símbolo y su variedad de sentidos permiten una multiplicidad de conexiones. Me resulta bello que un poema pueda leerse y sentirse de formas diferentes, y esto es posible en parte al símbolo y a la imagen.

Por irónico que parezca, creo que hay veces en las que, justamente por medio de la metáfora y la imagen, se puede incluso potenciar las emociones, incluyendo el dolor. Algo que en un principio entendemos desde una lectura literal y realista, puede adquirir nuevas dimensiones a través del símbolo. Un hecho en sí mismo puede llegar a conmovernos, pero hay ocasiones donde la manera de contarlo nos conmueve todavía más.

Cierto es que tengo la tendencia de codificar recuerdos personales tras símbolos y metáforas, quizá también porque es otro modo poético de vulnerabilidad. Suelo hacer

lo mismo, por ejemplo, con algunos sueños. Aunque lo onírico se vincula de forma más directa con la poesía.

5-. La dimensión espiritual de tu poesía la aproxima a los poetas místicos y románticos. ¿Crees que la poesía es el género literario más vinculado con lo trascendente, y que nos revela facetas desconocidas del mundo?

En este caso, sí creo que la poesía es el género literario que más nos conecta con lo trascendente. El aspecto místico y ritual en los orígenes mismos de la poesía, que ya he mencionando antes, es innegable y es cautivador. La poesía siempre ha sido un puente. A su vez, considero que la poesía, como género, tiene una especial y única cualidad de estremecer, sobre todo cuando es un medio para transmitir inquietudes espirituales y existenciales. De hecho, como preferencia personal, son justamente aquellos poemas que revelan lo que autodenomino como verdades, y que por lo tanto se vinculan a lo trascendente, los que más atesoro. Viene a mi mente «Visto desde arriba», por ejemplo, de Szymborska. O «Fin y principio».

Siempre he creído que la poesía es verdad y belleza. Hay, a propósito, un poema de Emily Dickinson en el que siempre he visto reflejado una suerte de definición de la poesía. Dice así:

*Morí por la Belleza — y me acababan
de ajustar a la Tumba
cuando Alguien que murió por la Verdad
fue recluido en la habitación de al lado —
Preguntó suavemente «¿Por qué has muerto?»
«Por la Belleza», dije —
«Y yo — por la Verdad — Ambas son Una —*

*Hermanos somos, pues», me contestó —
Y así, como Parientes que una Noche se encuentran
hablamos entre dos Habitaciones —
hasta que el Musgo nos alcanzó los labios
y nos cubrió — los nombres —*

Cuando un poema es como un espejo, que nos muestra quiénes somos, de dónde venimos, y retrata a la humanidad con todas sus contradicciones, y nos conmueve con una tremenda franqueza, creo que estamos ante un poema memorable. Un poema así nos genera esa sensación de acceder a un misterioso privilegio, de apenas y tantear la luz.

6-. Otro aspecto esencial de tu poesía es la presencia en ella de elementos naturales, actuando como caja de resonancia de tu propio ánimo. ¿Qué importancia tiene la naturaleza para ti, y en qué medida te condiciona a la hora de escribir?

Yo crecí en el monte. Y fui, en ese aspecto, una niña tremendamente feliz. Después de todo, la conexión con la tierra es atávica. Recuerdo el escozor de la hierba alta al atravesar los potreros, la savia de los árboles brotar como un fuego líquido luego del corte del machete, la paciencia de la quebrada al moldear las piedras con su corriente, la arena de la playa convertirse en vidrios molidos al calor del mediodía, el olor de la arena del río, que es tan distinta. El sabor de la ciruela verde cuando la arrancas de un salto y la muerdes y de pronto te chasquea un azúcar acre entre los labios. El barullo de los pericos que suena mucho a risa, a libertad.

Luego, cuando volví a Polonia, todas las veces que así fue, creo que me aferré con especial fuerza a sus paisajes porque era un modo de aferrarme a esa casa de la que, de algún modo, se me había arrebatado. Me habían arrancado de la tierra de raíz y quizás por eso he sentido siempre una terrible nostalgia por el origen. Y atesoro el tacto irrepetible de la nieve cuando se deshace en tu mejilla, la visión del cisne nadando impoluto sobre el Báltico como si estuvieses siendo testigo de un secretísimo milagro, la intensidad del sabor de la fresa silvestre, tan impúdico y tan cándido a la vez, el bosque que se levanta y hunde sus negras ramas en la claridad de un cielo sin nubes, las setas que van creciendo entre la hojarasca como pequeñas llamas, el crepitar del hielo cuando caminas sobre el lago congelado y sabes que esa no es otra cosa sino el sonido del lago cuando habla, cuando te habla.

Entonces creo que hay dos cosas que están representadas en la naturaleza para mí, y estas son la inocencia y el hogar. De ahí se ramifican, como bien has descrito, una serie de estados de ánimo. Volviendo a una de tus preguntas anteriores, creo que en la naturaleza también hay mucho de simbólico y ritual, ha sido así para los seres humanos siempre, y hay un reflejo de ello también en mi poesía.

Reconozco que la presencia de la naturaleza es sumamente marcada en mi obra, pero puesto que la naturaleza ha sido permanentemente una protagonista en mi vida, es inevitable que así lo sea en mi forma de escribir.

7-. Tu poesía posee una dimensión plástica y estética muy acusada. ¿Cuáles son tus pintores de cabecera, y qué le ha aportado el arte a tu poesía?

Recuerdo la primera vez que vi un cuadro de verdad. Fue en el museo del Thyssen de Madrid. Yo era mayor entonces, tendría unos 24 años. Y sí, apreciaba el arte, pero no había tenido mayor relación con él arte pictórico y, salvo en libros o lo que se podía ver por internet, no había tenido un contacto real. Es decir, yo no tenía idea de lo que me esperaba. Entonces recuerdo haber entrado en aquella sala y haberme encontrado con «Habitación de hotel» de Edward Hopper. Nunca había sentido lo que sentí entonces, y quizás porque tuvo un carácter de iniciación, es también por ende irreplicable. Nunca volveré a sentirlo.

Desde entonces mi relación con el arte, la imagen y la pintura fue distinta. Creo mucho en la plasticidad de la imagen y, honestamente, siempre he soñado con ver poemas míos ilustrados o incluso animados. Ocurre así, que las imágenes que se apoderan de mí tienen esa cualidad de representación e incluso a medida que van sucediendo en mi mente, y las imagino, el proceso es como con aquellas animaciones de Alexander Petrov, que son pintura al óleo, cuadro a cuadro, y a medida que va cambiando la imagen, la acción se van desarrollando. Es una analogía bastante exacta para la técnica que ocupó yo con las palabras y la forma en la que me sucede el acto creativo muchas veces.

Entre los pintores que atesoro, además de Hopper, por supuesto, están J.M.W. Turner, Remedios Varo, Leonor Fini y Tamara Łempicka. Me encantan también los prerrafaelitas. Así también como: Caravaggio, El Bosco, Goya, Monet, Rousseau, Degas, Schiele, Modigliani, Hammershøi, Sorolla, los grabados de M.C. Escher y las ilustraciones de Arthur Rackham, entre otros.

8-. Otro elemento que llama la atención de tu poesía es la importancia simbólica de algunos números. ¿De dónde surge este interés casi alquímico por las cifras, y hasta qué punto la precisión de la poesía tiene que ver con la ciencia y lo matemático?

Tanto las ciencias como las matemáticas tienen que ver con la vida. Asimismo, la poesía tiene que ver con la vida, y creo que aunque en un grado evidentemente distinto, la poesía es un arte preciso. Ahora bien, debo confesar que siempre me han atraído también la alquimia, la quiromancia, la numerología y demás artes semejantes.

Mi número favorito es el siete. Por ejemplo, siempre me ha parecido que el 7 parece un acantilado. Luego están los siete pecados capitales, los siete mares, los siete metales alquímicos, la luna que cambia de fase cada siete días, las siete cuerdas de la lira de Apolo...y así.

Y eso me sucede no solo con los números, porque me intriga buscar el significado de las cosas y sus vínculos con otras. Me sucede también con los nombres, soy una adepta de la onomástica y la etimología. Me sucede incluso con las plantas, y de hecho, siempre que utilizo una planta, un árbol o una flor en un poema, hay un significado subyacente. Me gusta investigar sobre las leyendas o la mitología que suele estar vinculada al mundo botánico: cómo la siempreviva fue creada por Zeus, o cómo el acebo era sagrado para los druidas o pensar en el bosquecillo de sauces de Perséfone.

De vuelta a los números, estos son otro vehículo para lo simbólico, y por ende otro medio para la belleza. Recorro a ellos para ilustrar, enunciar o precisar dentro del poema. Los seres humanos hemos utilizado el lenguaje para delimitar y entender el mundo, cabe decir, las palabras y los números. Nombrar y contar son entonces caras distintas de una misma moneda.

Luego, el carácter mágico de los números ha estado presente en los textos bíblicos, proféticos, salmódicos, en la mitología, las leyendas y demás. Ese espíritu y ese misterio tienen para mí especial cabida en la poesía.

9-. En tu poesía la alusión a otros autores o las citas literarias no parecen limitarse a "ilustrar" tus ideas, sino que entablas casi un diálogo con la tradición literaria precedente. ¿Cuál piensas que sería tu propia tradición, y de qué autores has bebido más?

Me parece que no se puede escribir poesía sin leer poesía, sin ser consciente de la tradición que te antecede. Hacer algo semejante es casi una insolencia. Y reconozco cuán provocador puede sonar eso y no me arrepiento en lo absoluto.

En mi caso, empecé a escribir poesía, en parte, porque empecé a leer poesía. Entonces no sabía nada, ni tuve guías. Pero me fue llevando el misterio y el instinto. Y llegué a Pizarnik, en aquel entonces. Tenía menos de 15 años y después de mucho tiempo, al leer a Pizarnik, ya no estuve sola.

Yo me crié en un pueblo del interior de Panamá, con una biblioteca con muy pocos recursos, y mi fuente de acceso a la literatura durante aquellos años fue realmente el Internet, con lo precario que era entonces. En mi casa no había libros precisamente, salvo uno que otro libro de cuentos infantiles en polaco o algún libro sobre biología y peces. Acceder a literatura panameña era muy difícil. Leer literatura polaca fue mucho más complicado; aquello pude hacerlo de verdad siendo adulta. Y justamente a partir

de esas primeras limitaciones, que tanto he lamentado, se consolida la certeza de que la lectura es necesaria para escribir.

A partir de entonces he leído cuanto he podido, me he hecho con libros imposibles de encontrar en mi país gracias a los viajes, he tenido la fortuna de conocer a otros poetas de distintas vertientes y tradiciones literarias. Por ello me resultaría difícil definir una tradición específica de la que provengo o de la que he bebido: porque en mí se mezcla lo latinoamericano y lo europeo. A su vez siento también una profunda admiración por la literatura norteamericana y la literatura oriental. La manera en la que estas influencias permean en mi literatura es algo que escapa por completo a mi voluntad y que queda a juicio del lector.

Lo que sí creo a fuego es que el oficio de la poesía debe honrarse. Hay que leer *La Diosa Blanca* de Robert Graves, hay que saber cómo, de dónde vino la poesía, qué papel ha jugado en el mundo, qué ha significado para el hombre. Y no con afán de regocijarse en la melancolía, sino con el propósito de entender la responsabilidad que uno lleva sobre los hombros. Recuerdo, por ejemplo, un poema de Derek Walcott que me gustaría citar a propósito de esto:

*Al final de esta frase, comenzará la lluvia.
Al filo de la lluvia, un velero.*

*Poco a poco el velero perderá de vista las islas;
se desvanecerá en la bruma
la fe en los puertos de una raza entera.*

*La guerra de diez años ha terminado.
la cabellera de Helena: una nube gris.
Troya: un foso blanco de ceniza
a orillas de la mar donde llovizna.*

*La llovizna se tensa como las cuerdas de un arpa.
Un hombre con la vista empañada presiente la lluvia
y tañe el primer verso de la Odisea.*

Y luego uno todavía tiene el privilegio de leer algo así, en esta época posmoderna de la hegemonía del *like*. Y yo pienso: transgredir, sí, pero poéticamente; trascender, sí, pero poéticamente.

Creo además que uno debe ser consciente de la tradición, sobre todo para aquellos con ánimos de romperla; y también de la rupturas, para aquellos que creen que se han inventado algo que no ha sido inventado antes, y que a lo mejor se equivocan.

Las citas en mis poemas son entonces, en primera instancia, una señal de respeto. Porque respeto hondamente la poesía. Una distinción necesaria, a mi juicio. Porque sucede que, a partir de leer poesía, muchas veces me inspiro para escribir poemas; y me parece necesario mencionar los versos que, de una u otra forma, me condujeron a escribir. Como bien indicas, en ocasiones algunos de esos poemas entablan un diálogo, o son incluso una suerte de réplica. A veces, son sencillamente el fuego que otro poema despertó en mí.

10-. Tu poesía se enfrenta sin miedo al dolor, y ahonda en la herida diaria de vivir. ¿Crees que la poesía que, de un modo u otro, no se asoma al abismo es poco arriesgada y carece, por tanto, de sentido?

Considero que no tengo potestad para decir qué tipo de poesía carece o no de sentido. Puedo decir, por ejemplo, qué tipo de poesía me conmueve más, qué tipo de poesía prefiero. ¿Pero a dónde se asomaba el poema cuando Blake describió la terrible simetría del tigre o cuando Watanabe citó el sueño del lenguado? ¿Era aquello el abismo?

No sé tampoco a dónde se asoma mi poesía. Sé que me ayuda a vivir y sé que la poesía me salva, a manera personal, del dolor, de esa herida que llevamos todos, más o menos profunda, más o menos antigua. Para los griegos eramos un ser de dos caras que fue partido a la mitad; para los cristianos nacemos con un pecado original que debemos lavar; para las corrientes dhármicas, generamos un karma que luego debemos resarcir. Y así, hay infinidad de creencias y conceptos, tanto sobre el dolor como sobre la herida del vivir.

Si la poesía, y por tanto el poema, nos permiten asomarnos al abismo y al dolor; hace falta también decir que la poesía nos permite asirnos a la vida.

Y, mientras entra la madrugada, no puedo más que volver a leer con cierta convicción aquello que Zagajewski escribió:

*La poesía es la infancia de la civilización,
dijeron en la Ilustración los filósofos
y nuestro profesor de polaco, alto, delgado
como signo de exclamación, quien perdió la fe.*

*No supe qué decir en ese momento,
todavía era un niño pequeño,
pero me parece que quería, en un poema*

*encontrar la sabiduría (sin resignarme)
y también una especie de locura tranquila.
Encontré, mucho después, un instante de alegría
y la oscura felicidad de la melancolía.*